

NIÑOS ANORMALES

Guía para admisión de Niños Anormales
en clases de Perfeccionamiento

por
Alfred Binet y Dr. Th. Simon
Prefacio de León Bourgeois, Senador

Introducción crítica de
Santiago Molina García



INTRODUCCION CRITICA	9
PREFACIO. CARTA-PROLOGO A M. ALFREDO BINET	27

CAPITULO I

ALGUNAS PALABRAS DE EXORDIO	31
Preocupaciones sociales de nuestros tiempos	31
Instrucción de anormales	33
Algunas definiciones	34
Algo de estadística	37
Notas	41

CAPITULO II

ALGUNOS RASGOS DE LA PSICOLOGIA DE ANORMALES	43
Reparto de niños anormales en cursos de escuelas públicas ...	48
Reparto de niños anormales según su edad	50
Frecuencia del tipo mixto, a la par atrasado e inestable	51
Retrato psicológico del atrasado	52
Retrato psicológico del inestable	54
Aptitudes intelectuales de los atrasados	56
Técnicas de examen	59
Notas	68

CAPITULO III

EXAMEN PEDAGOGICO DE ANORMALES DE ESCUELA	71
Conferencias con familias	71
Composición del jurado de examen	72
Misión de los maestros y de los directores de escuela	73
Directores y maestros hostiles	83
Misión del inspector primario	84
Comprobación del grado de instrucción	88
Lectura	89
Cálculo	93
Ortografía	97



NIÑOS ANORMALES

Retraso escolar y porcentaje de conocimientos	101
Examen psicológico	103
Apreciación de inestabilidad	109
Eliminación de anormales de hospicio	110
Anormales verdaderos y falsos anormales	115
Boletines de informes	119
Notas	124

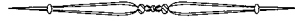
CAPITULO IV

EXAMEN MÉDICO DE ANORMALES	129
El médico no debe escoger niños anormales entre niños de escuela	130
Apreciación del grado de inferioridad mental	131
Examen anatómico de atrasados	133
Estatura y cefalometría	133
Estigmas de degeneración	135
La expresión de la fisonomía	138
Examen médico de los niños presentados	140
Boletín médico	156
Notas	159

CAPITULO V

RENDIMIENTO ESCOLAR Y SOCIAL DE LAS ESCUELAS Y CLASES DE ANORMALES	163
Una encuesta en los hospicios	163
En la Salpêtrière	166
En Bicêtre	169
Algunas conclusiones	175
Rendimiento escolar	181
Rendimiento social	185
Notas	191





Resulta evidente que cuando se aborda la lectura de un libro, que ha sido escrito hace casi un siglo, las ideas contenidas en el mismo deben ser interpretadas en el contexto de la época en que fue escrito. Por esa razón, considero necesario ofrecer al lector algunas de las ideas más relevantes y típicas del comienzo del siglo veinte acerca de los niños clasificados entonces como anormales y que hoy denominaríamos deficientes mentales. Y ello no sólo me parece conveniente por razones científicas, sino también y, sobre todo, por razones éticas pues, como tendrá ocasión de comprobarse comparando la lectura de los capítulos de este libro con la breve exposición que a continuación pienso hacer, la obra de estos dos insignes autores puede ser considerada como relativamente revolucionaria en su época y con bastante actualidad en nuestros días.

A efectos puramente didácticos, trataré de diferenciar las ideas de los autores extranjeros más importantes de las de los autores españoles, a pesar de que, como se verá a continuación, son bastante coincidentes.

LA IDEOLOGIA PREDOMINANTE

No hemos de olvidar que en los albores del siglo veinte hacen furor las ideas de Lombroso, relativas a la alta correlación



existente entre instinto de criminalidad y genética, como asimismo las de Ribot, relativas al papel predominante de la herencia en el comportamiento humano. Pues bien, como no podía ser menos, esas ideas están en la mente de los principales tratadistas del inicio del actual siglo acerca de los denominados entonces «sujetos anormales». Que ello es así puede verse a través de los siguientes ejemplos.

El insigne Goddard (citado por Fierro, 1990) no tiene ningún inconveniente en afirmar categóricamente cómo el soldado Kallikak, aun siendo miembro de una ilustre familia, va engendrando deficientes mentales, generación tras generación, fruto de amores ilegales, hasta el momento en que por fin se regenera y se casa con una mujer de su clase social por la iglesia. A partir de ese feliz momento, se invierte la tendencia y todos los nuevos vástagos son niños perfectamente normales.

Por su parte, Voisin (1893) narra el caso de una familia, cuyo padre era alcohólico crónico, el cual engendró dos hijos: el primero idiota y el segundo imbécil. Ante la extrañeza de que el segundo hijo no hubiera sido también idiota, el autor citado hace la siguiente interpretación, después de haber sido sometida la madre a un interrogatorio clínico: cuando fue engendrado el primer hijo, la madre recibió un impacto psicológico muy fuerte, dado que no estaba acostumbrada a hacer el amor con un sujeto en estado ebrio; en cambio, cuando engendró el segundo, ya estaba acostumbrada a la relación amorosa con un alcohólico y, por tanto, no le producía impacto psicológico alguno hacer el amor en esas condiciones.

Demoor (1901), autor de la clásica diferenciación entre retrasados de tipo médico y de tipo pedagógico, concreta aun más sus ideas, tal y como puede comprobarse a través de las siguientes citas:

Como es lógico, menciona que los retrasados de tipo médico se originan por causas morbosas que han influido en el desarrollo del feto o durante los primeros años de la vida (pág. 117),

predominando los cretinos en países montañosos y principalmente en el fondo de profundos valles (pág. 119). Dado que entre el grupo de los retrasados de tipo médico predominan los sujetos incapaces de toda manifestación de voluntad y de atención, los antisociales sin responsabilidad alguna y con actividad psíquica muy elemental (pág. 118), uno de los procedimientos terapéuticos más apropiados radica en someterlos a curas de agua fría, de choques eléctricos y de gimnasia (pág. 124).

Por lo que se refiere a los retrasados de tipo pedagógico, Demoor especifica que son niños que han sido normales hasta los cinco o seis años, hasta los ocho o doce y hasta los catorce o dieciséis, pero que después, por vivir en unas malas condiciones familiares, por haber estado sometidos a una educación inadecuada, o por ciertas enfermedades infantiles, adquieren inclinaciones y hábitos perversos, se vuelven soñolientos y lentos, incapaces de toda enseñanza, insensibles a todo castigo y hasta realmente crueles (pág. 115). Dado el mal tan grande que estos niños pueden causar a los normales, el citado autor prescribe colegios especiales para ellos, situados en el campo y, sobre todo, a la orilla del mar, como asimismo una alimentación rica en fosfatos y dosis de aceite de hígado de bacalao (pág. 137). Sólo en tales centros, continúa Demoor (pág. 142), será posible que estos niños sean educados según su individualidad, sin tener que recurrir al castigo sistemático.

Un autor mucho más conocido que los anteriores entre los pedagogos españoles es Decroly, aunque mucho más por sus atinadas ideas sobre el principio de globalización y de la metodología para la enseñanza de la lectura que por sus publicaciones acerca de los niños anormales. Sin embargo, publicó un libro sobre este tipo de niños (1908) que causó un importante impacto en la época. En dicho libro comparte las ideas defendidas por Demoor y preconiza un plan de creación y de organización de centros escolares, a modo de colmena, en el que cada tipo de niños pueda encontrar su sitio natural. Sin embargo, mucho me temo que, de haberse llevado a cabo su



plan, hubiera actuado a modo de ratonera infernal, no pudiendo salir cada alumno de «su sitio» una vez ocupado su lugar, a pesar del romanticismo de sus intenciones. Y, por supuesto, toda esa vasta red, siempre bajo la dirección de un médico.

Decroly apoya esa idílica estructuración escolar, absolutamente reproductora de la estratificación social, con los siguientes argumentos (pág. 145): "Mi opinión es que la selección escolar se haga de una manera casi natural, estableciendo un sistema escolar y de tutela progresivamente amplio. El ideal sería que los organismos en que la disciplina, el programa y el régimen sean apropiados a los diversos casos posibles, reciban los diversos tipos de niños irregulares, pero de tal forma que los individuos que no puedan estar en unos pasen a los otros. De esa forma, se produciría una especie de sedimentación más o menos perfecta y más o menos rápida, y se evitaría el gran inconveniente que puede resultar de una clasificación prematura. El organismo entero presentará tales facilidades, que todos los tipos acabarán por encontrar el medio y el género de vida que les conviene, en beneficio suyo y de la sociedad".

Creo que son suficientes las citas anteriores como para que los lectores de esta obra que estoy presentando posean una idea general del estado de la cuestión en la época en que Binet y Simon escribieron su libro y, por tanto, para que puedan establecer las comparaciones que estimen pertinentes. Sin embargo, antes de acabar estos breves comentarios, permítaseme citar a un par de autores españoles, altamente representativos: uno de ellos, Pereira, por haber sido el verdadero pionero y el defensor a ultranza de la necesidad de crear en nuestro país colegios especiales para los niños deficientes mentales; el otro, Marín Agramunt, por haber sido reconocida su labor investigadora como merecedora de un premio concedido por la institución más prestigiosa de la época (la Sociedad Española de Higiene).

Pereira (1907), después de hacer una breve clasificación de los niños mentalmente anormales, apoyándose para ello en la

mayor parte de los autores citados hasta aquí, los describe en los siguientes términos: "Su egoísmo es bestial, no llegando a distinguir el bien ni el mal; las amistades que contraen son pocas e interesadas; sus amores, más que pasiones elevadas, son apetitos sexuales; coexistiendo con cierto grado de inteligencia, puede verse el amor pasión, pero en los de los grados inferiores (sobre todo, en los idiotas), lo que hay es lascivia, llegando a ser tan grande, que para saciarse ni siquiera reparan si va a favor o en contra de la naturaleza; sus excitaciones se convierten en maniáticas y agresivas, especialmente en el idiota, por ser un emotivo vesánico (págs. 36-37). Por eso, convertidos en juguetes e instrumentos, no ya solo de sus instintos y pasiones, sino también de los de los demás, y desnudos de sentido moral y de inteligencia que pudieran hacerlos prever, comprender y odiar las consecuencias de los actos nocivos, son estos seres apropiada materia para llevar a cabo todas las violencias, todos los excesos, todos los delitos (págs. 42-43). Asimismo, las uniones antisociales entre ellos son frecuentísimas, y ni siquiera se realizan inspiradas por el amor, sino impulsadas las más de las veces por el interés y los prejuicios familiares" (pág. 54).

Ante tales rasgos, Pereira defiende su ubicación en colegios distintos a los de los niños normales, apoyándose en las siguientes argumentaciones: "No hay siquiera lugar a discutir que el interés social no está en castigarlos, con lo cual el daño quedaría hecho y los nocivos dispuestos a dañar más, sino en reformarlos, en moralizarlos, en regenerarlos, en educarlos. Será una manera de reducir grandemente los factores de la delincuencia, devolviendo a la sociedad cientos de miles de miembros útiles que de otro modo sólo le hubieran acarreado perturbación y realizando a la vez el cumplimiento de un alto deber social. Aunque no sea posible su recuperación total, por lo menos se conseguirá preservar de mayores males a la sociedad y al individuo mismo" (pág. 68).

Finalmente, veamos algunas de las ideas «científicas» de Marín Agramunt (1913) por las que le fue concedido el premio



de investigación patrocinado por la Sociedad más prestigiosa de la época.

Estos niños deben ser educados en internado específico para ellos, pues aparte de sustraerlos de la familia, que siempre es perjudicial para su educación dado que los padres de anormales, salvo casos contados, pertenecen al grupo de psicópatas constitucionales, se impide la influencia que los actos del anormal pueda tener sobre los demás hermanos (pág. 28). Asimismo, no puede ir a la escuela ordinaria por las siguientes razones: por ser burla de sus compañeros (aunque ello depende del grado de anormalidad) por las deformidades que presenta, en cuyo caso pueden desarrollarse en el anormal ideas de persecución y ser más tarde motivo de reacciones antisociales; porque su estado mental y neurótico puede ser causa de poner en actividad estados anormales latentes en los demás escolares, pues de todos es sabido la extrema sugestibilidad o poder imitativo del niño para los gestos y convulsiones; porque el método educativo es superior a sus fuerzas intelectuales y, por tanto, la adquisición de conocimientos le sería imposible (pág. 29). Por idénticos motivos, es conveniente la anulación de todo tipo de vacaciones para estos niños, pues en ellas sufren una regresión en el desarrollo intelectual, adquirido por la constancia educativa del profesor (pág. 31).

Evidentemente, podría continuar ofreciendo más ejemplos de la ideología «científica» que con respecto a los niños deficientes mentales reinaba en la época en que Binet y Simon escribieron este libro. Sin embargo, creo que son suficientes para el objetivo que me propuse: ofrecer a los lectores un panorama del estado de la cuestión a finales del siglo pasado y a comienzos del presente, para que, a partir de esa breve muestra de datos, puedan hacer las comparaciones oportunas y, en consecuencia, juzgar la relevancia de la obra que estoy presentando.

BINET Y SIMON, PIONEROS DE LA PSICOLOGIA DIFERENCIAL

En sentido estricto no puede afirmarse que Binet y Simon sean los creadores de la Psicología Diferencial, pero sí sus más decididos pioneros, no sólo por haber concebido su famosa Escala para Medir la Inteligencia, sino también por los valiosos trabajos publicados en L'Anné Psychologique (especialmente, Binet).

Ambos autores publicaron en colaboración, desde 1905 hasta 1911 (año en que murió Binet, cuando sólo tenía 58 años), dos libros y una larga serie de artículos. Por ello, a continuación trataré de situar ambas obras en el contexto histórico en que surgieron.

A) *La escala métrica para medir la inteligencia*

De dicha escala ambos autores publicaron tres revisiones (1905, 1908 y 1911), tomando como criterio para cada reformulación el que los items permitieran diferenciar objetivamente a los niños de alto y bajo rendimiento escolar, aunque con esa determinación entraran en contradicción con pensamientos anteriores expresados en diferentes obras. Dicho criterio empirista podría justificarse perfectamente si se tiene en cuenta que es a principios de este siglo cuando la naciente Psicología científica está haciendo denodados esfuerzos por apartarse de criterios animistas o espirituales. Sin embargo, como veremos después, no creo que sea esa contextualización la que pueda explicar las razones del producto final que obtuvieron.

Que ello es así queda meridianamente claro si se compara el contenido de dicha escala con los trabajos de idéntico corte llevados a cabo por Galton o por Cattell. Tanto Galton como Cattell no pasaron de medir componentes psicofísicos y, en todo caso, algunos aspectos relacionados con la memoria (especialmente, en los trabajos de Cattell). En cambio, Binet y

Simon tuvieron el valor de adentrarse en los complicados procesos cognitivos del funcionamiento de la mente cuando está intentando la resolución de problemas. Y ello, siendo conscientes de que podrían ser tildados de «mentalistas» en unos momentos en que hacía furor el conductismo con base organicista o, como decía antes, a pesar de que la formación de ambos autores era totalmente positivista (en el caso de Binet de tipo científico y en el de Simon de tipo biológico).

Si se analiza con detenimiento el proceso de creación de dicha escala se evidencia que, en contra de lo que han expuesto algunos biógrafos de Binet y de Simon (Avanzini, 1969; Zuza, 1948), el primitivo objetivo de la misma no tenía absolutamente nada que ver con el uso que posteriormente le dieron sus propios autores y, sobre todo, sus seguidores: el de haberse convertido en el instrumento por excelencia para la determinación de los alumnos que no están en condiciones de asistir a la escuela ordinaria y en cambio sí a una escuela especial. En relación con este tema Vial (1990, 83) hace esta consideración: "La construcción de la escala métrica surgió como consecuencia de una línea de investigación del propio Binet, surgida en la última década del siglo XIX, la cual tenía como objetivo el estudio del carácter y de la moral dentro de una perspectiva más amplia de psicología general y posteriormente de psicología diferencial".

Ahora bien, al igual que ocurre casi siempre, otros hechos sociales posteriores obligaron a Binet y Simon a modificar sus primitivos objetivos, poniendo el instrumento que estaban produciendo al servicio de intereses más pragmáticos demandados desde instancias políticas. Esos hechos estuvieron relacionados con la creación de una comisión de expertos al servicio del parlamento francés.

Como es bien sabido, el Ministerio de Instrucción Pública francés creó en el año 1904 una Comisión interdisciplinar, presidida por el senador Bourgeois y en la que tuvo un papel destacado el propio Binet, con el fin de proponer un plan de



escolarización de los niños mentalmente anormales en establecimientos escolares especializados y de elaborar una estadística fiable de dichos niños, apoyándose en criterios de medición científicos y, por tanto, objetivables. Evidentemente, ante esa demanda Binet y Simon aceleraron el proceso de validación de su escala e incluso modificaron los criterios de validación, siendo éstos, a partir de ese momento, el rendimiento escolar. De esa forma, según Vial (1990, 179), se manifestó en dichos autores esta relevante contradicción: por una parte, se valen de los criterios de los profesores para validar su propia escala, para posteriormente acabar proponiendo las puntuaciones obtenidas en tal instrumento diagnóstico como criterio de validez para determinar qué alumnos están en condiciones de rendir normalmente en la escuela ordinaria y quiénes no lo están, debiendo estos últimos ser escolarizados en las escuelas especiales.

Evidentemente, a la vista de tales objetivos, era preferible caer en errores más o menos acordes con las concepciones que acerca de la inteligencia se tenían, que no introducir errores a la hora de clasificar a un niño como anormal y, sobre todo, a la hora de derivarlo de la escuela ordinaria a la educación especial, dados los peligros que dichos errores podían tener para el niño. Así se explica claramente que los criterios para poder clasificar a un niño como débil mental defendidos por ambos autores estuvieran basados en su rendimiento escolar. Igualmente, entiendo que esa es también la explicación que puede darse a aquella respuesta tan lacónica que Binet y Simon dieron, en un congreso científico, cuando un interlocutor les solicitó que definieran públicamente lo que entendían por inteligencia: «Inteligencia es lo que mide nuestra escala».

Si he dedicado tanto espacio a comentar los hitos más relevantes del proceso seguido en la construcción de la escala de dichos autores para la medida de la inteligencia ha sido para intentar deshacer otro equívoco muy extendido, relacionado con el papel que Binet y Simon tuvieron en la segregación de los niños débiles mentales hacia las escuelas especiales. En contra



de lo que se ha venido afirmando sin demasiado rigor, los hechos demuestran que el movimiento en pro de esa modalidad de escolarización para cierto tipo de niños nació mucho antes de que estos dos autores elaboraran su famosa escala, pues no en vano llevaban trabajando muchos años en esa dirección médicos tan relevantes como Bourneville, el cual, según Vial, sería el auténtico mentor de la educación especial en Francia y Bager su apóstol y, a la vez, el cerebro gris que elaboró la ley de 1909, que dió origen a las primeras aulas de perfeccionamiento.

B) La relevancia de sus ideas con respecto a los niños mentalmente anormales

Aparte de las ideas predominantes al comienzo del siglo en relación con estos niños, para una correcta interpretación de la obra que me honro en presentar, conviene no perder de vista este dato: en la práctica totalidad de las obras publicadas hasta entonces se puede comprobar que sus autores hacen afirmaciones absolutas, a modo de dogmas de fe, sin ofrecer ni un solo dato empírico o experimental que las avalen. En cambio, en la obra de Binet y Simon sucede todo lo contrario. Como podrán comprobar los lectores, cuando hayan llegado a la última página de esta interesante obra, no hay ni una sola afirmación que no esté apoyada en sólidas y rigurosas investigaciones empíricas. Igualmente, a pesar de dicho aval, no hay una sola página en la que no se evidencie un halo de humildad constante y de provisionalidad explícita de los resultados obtenidos en sus investigaciones. Por ello, después de la lectura de sus páginas, uno no tiene más remedio que aceptar positivamente las incongruencias que, desde nuestra perspectiva actual, son evidentes en dicha obra.

Pero, además de esa humildad científica de sus autores, entiendo que hay otras muchas reflexiones de total vigencia hoy en día en la obra que estoy presentando. A título de ejemplo, me parece importante destacar estas dos. Por una

parte, el haberse opuesto decididamente a las teorías que asociaban la deficiencia mental con criminalidad, pecado y degeneración espiritual. Por otra, el reconocimiento explícito que ambos autores hacen en favor del pedagogo y del maestro como responsables directos de la evaluación funcional y de la educación de tales niños, en una época en que existía una casi absoluta medicalización para solucionar sus problemas y a pesar de ser uno de ellos médico y el otro hijo y nieto de médicos.

Ni que decir tiene que también pueden hacerse serias críticas a los planteamientos que dichos autores tienen acerca de los niños que hoy suelen denominarse deficientes mentales, no sólomente con una perspectiva de casi cien años después, como es nuestro caso, sino incluso situándonos en los mismos años en que publicaron esas concepciones. Así, por ejemplo, resulta difícil de comprender cómo unas mentes tan privilegiadas no llegaron a darse cuenta de que lo sensato no era que estos niños tuvieran que abandonar la escuela ordinaria porque no fueran capaces de aprender los conocimientos que la legislación vigente imponía en cada curso o nivel y al mismo ritmo que la mayor parte de sus compañeros, máxime cuando por aquellos mismos años se estaban aportando datos reveladores de que la educación especial segregada en colegios específicos no era adecuada para grupos de niños, como es el caso de los ciegos y sordos, a los que históricamente habían estado destinados dichos centros (véase a este respecto Molina, 1991). Evidentemente, lo sensato hubiera sido cuestionar a la escuela ordinaria y exigir que en la misma se operaran cuantos cambios fueran necesarios para que en su seno pudiera imperar una enseñanza individualizada y saludable (conste que utilizo este término en una perspectiva estrictamente higienista) para todos los alumnos.

O dicho con otras palabras: dadas las modernas y renovadoras concepciones de Binet y de Simon sobre los niños mentalmente anormales, comparadas con las que imperaban en su época, resulta sospechoso que se pusieran a trabajar para sacar adelante un proyecto político procedente de un gobierno

que no se caracterizaba por la modernización de la escuela pública ni por llevar a cabo medidas tendentes a mejorar las condiciones profesionales y económicas de los maestros. Sin embargo, en descargo del propio Binet hay que reconocer que a los pocos meses de haber comenzado a colaborar con la comisión de expertos nombrados por el gobierno francés, la abandonó cuando se dio cuenta de que era muy poco lo que se podía hacer en favor de los niños mentalmente anormales trabajando en una comisión cuyos objetivos eran eminentemente políticos.

C) La Psicometría como base de la estratificación social

En realidad, no sería justo considerar a Binet y a Simon como los padres de la estratificación escolar, entendida como reflejo de la estratificación social. Desde el inicio de la institución escolar, en la larga noche de la historia silenciosa, la escuela siempre había reproducido la estratificación social, aunque con matices diferentes según los momentos históricos y los países. Lo auténticamente novedoso del siglo XIX e inicios del XX, y a la vez contradictoriamente problemático, proviene del hecho de tener que armonizar dialécticamente esa función esencial y genuina de la escuela y paralelamente tener que admitir en su seno, de forma obligatoria, a niños procedentes de las clases sociales inferiores con el surgimiento de la escuela pública y obligatoria para todos, fruto de los ideales románticos nacidos al amparo de la revolución francesa (libertad, igualdad y fraternidad).

Hasta entonces, al niño que por pertenecer a las clases sociales inferiores no podía seguir el curriculum escolar, de acuerdo con las normas políticas prescritas por las autoridades académicas, se le colgaba el sambenito de que Dios no le había dotado con las capacidades mínimas necesarias para ello y, al mismo tiempo, se le sacaba de la escuela (o ni siquiera se le dejaba entrar) y se le dedicaba al trabajo productivo desde muy joven (no se olvide que hay ejemplos de niños que traba-

jaban en las minas desde los diez años). Pero, como decía antes, el problema se complica cuando se obliga a todos los niños a asistir a la escuela, independientemente de la clase social a que pertenezcan, y paralelamente se abandona la ideología de los dones entendidos como el fruto de un reparto desigual por parte de la divinidad, dadas las fuertes corrientes secularizadoras que impregnan las incipientes sociedades industrializadas del siglo pasado y comienzos del presente. Entonces, aunque la institución escolar tenía que seguir cumpliendo su papel de legitimación de las diferencias entre las clases sociales, ya no se podía expulsar de la escuela a cualquier alumno sin disponer de argumentos sólidos y objetivos.

Es en ese contexto socio-cultural donde tiene sentido y se justifica la obra de Binet y Simon. De no haber existido ese caldo de cultivo liberal y progresista, mucho me temo que la obra de estos dos autores hubiera permanecido prácticamente inédita, pues el diagnóstico del niño que no responde positivamente a las exigencias académicas lo habían hecho siempre los maestros, aunque usando otros términos y otras técnicas menos sofisticadas. Es más, como ya dije anteriormente, tampoco pueden ser considerados Binet y Simon como los creadores de la psicometría, pues otros lo habían hecho antes que ellos. Su verdadera aportación consistió en haber ideado una escala que, al parecer neutra por el modo de establecer las puntuaciones, conectaba perfectamente con la ambigüedad del discurso pedagógico y con las contradicciones de una escuela pública que, por una parte, debía responder a las teorías liberales de igualdad de oportunidades para todos y, por otra, estar al servicio de las exigencias estratificadoras que las nuevas sociedades industrializadas demandaban.

Esa imbricación entre Psicología y Pedagogía queda bastante clara a través de la lectura de la obra que me honro en presentar. Por ejemplo, véase el párrafo en que los autores de la misma recomiendan que, en caso de duda para diagnosticar a un niño como anormal, debe prevalecer el criterio pedagógico. Asimismo, resulta significativo que Binet y Simon defien-

dan que los encargados de llevar a cabo ese diagnóstico sean los Inspectores Pedagógicos. Y, sobre todo, es totalmente revelador el subtítulo que le dieron a esta obra. Otro problema bien distinto es que posteriormente los nuevos psicólogos retomaran en exclusiva el oficio de etiquetadores escolares y que adoptaran como su herramienta básica de trabajo la escala ideada por Binet y Simon.

Como asegura muy certeramente Vial (1984), la génesis de la creación de escuelas especiales para los niños etiquetados como débiles mentales se produce en dos tiempos, que se explican por un conflicto de competencias entre los profesionales de la infancia. En un primer momento, una serie de profesionales del niño (médicos y psicólogos) se confabulan para robar al maestro uno de sus legítimos derechos, negándole su competencia para definir y categorizar al alumno; es decir, al niño como objeto de deberes impuestos por la administración educativa. Finalmente, en un segundo momento una pequeña fracción de esos tecnólogos (los psicólogos) se asignan a sí mismos esa competencia en exclusiva, por medio del uso de técnicas acordes con los postulados de la ciencia positiva (los tests psicométricos), llegando a ser considerados como absolutamente indispensables, al no estar directamente involucrados con la escuela y al emplear técnicas perfectamente objetivables, para que esta institución siga cumpliendo su misión más genuina: legitimar en buena medida la estratificación social sin necesidad de tener que acudir a la intervención de ninguna divinidad trascendente.

BIOGRAFIA DE BINET Y DE SIMON

Si se consultan distintas obras históricas de tipo psicológico y/o pedagógico se evidencia rápidamente que hay una enorme diferencia de datos referidos a ambos autores, siempre muy en favor del primero. Por esta razón, necesariamente dedicaré más espacio a los aspectos biográficos de Binet que a los de Simon.

A) *Biografía de Alfred Binet*

Hijo de una pintora famosa y de un médico, nació en Niza en el año 1857 y murió en París en el año 1911. Inmediatamente después de terminar sus estudios de Derecho se percató de que su auténtica vocación era la Medicina y las Ciencias Experimentales, como lo demuestra el hecho de que desde muy joven colaborara con un eminente neurólogo discípulo de Charcot (Charles Feré), publicando ambos conjuntamente un libro titulado *El magnetismo animal* (1887), y de que acabara doctorándose en Ciencias el año 1894. Asimismo, trabajó como investigador en el laboratorio de Beaunis, siendo nombrado director adjunto del mismo en 1892 y director general en 1894.

Al decir de Miller (1968), Binet no tuvo ningún maestro formal en la Psicología, ni nadie que le enseñara la antigua versión filosófica de la disciplina a la nueva clase de psicología experimental, habiendo sido su formación de tipo autodidáctico y un tanto atípica. Una muestra de dicha formación es su primer libro titulado *La psicología del razonamiento* (1886), en el que se evidencia una síntesis difícil de digerir entre el asociacionismo inglés con el hipnotismo francés.

Una cualidad de Binet, altamente destacada por sus biógrafos, es su capacidad para trabajar en equipo con otros colaboradores. Fruto de esas colaboraciones es el libro citado anteriormente, como asimismo los siguientes: *La psicología de los grandes calculadores y jugadores de ajedrez* (1894, en colaboración con Hennequy), y las dos obras a las que me he referido antes en colaboración con Simon. Igualmente, todos sus biógrafos recalcan su inagotable ansiedad por investigar cualquier tema relacionado con la comunicación vivencial de los animales y de las personas, habiendo llegado incluso a participar en la elaboración y representación de obras de teatro. Hocquart (citado por Vial, 1990) hace este panegírico de Binet: «estaba imbuido de una violencia de la que era su expresión su teatro; doctor Jekyll en su laboratorio y mister Hyde en el gran Guiñol».



Sin duda alguna, su labor más destacable en el campo de la Psicología fue la fundación de la revista *L'Anné Psychologique* en 1894, la cual fue dirigida por el propio Binet hasta el año en que murió, habiendo publicado hasta entonces catorce volúmenes en los que aparecieron varias decenas de artículos suyos, como igualmente la elaboración de la escala ya citada. En cambio, su preocupación por los problemas pedagógicos surge muy tardíamente, tal y como lo demuestran estos datos (tomados de Avanzini, 1969): en 1902 la Sociedad Libre para el Estudio Psicológico de la Infancia organizó un importante debate sobre la problemática escolar de la infancia anormal y, sin embargo, él no participa a pesar de ser un miembro destacado de la misma; sólo en 1903 solicita a dicha sociedad científica que lleve a cabo un estudio destinado a determinar las diferencias corporales y mentales de los niños anormales por comparación a los normales; su primer artículo publicado en colaboración con Simon sobre la infancia anormal aparece en el año 1905. Posteriormente a ese año su labor se centró en un trabajo directo con niños anormales en colaboración con Simon, bajo la dirección de Voisin, en la organización de varias escuelas especiales de la región del Sena en colaboración con Bédorez y, sobre todo, en su trabajo continuado, a partir de 1905, en la escuela primaria de la calle Grange-aux-Belles, en colaboración con el director de dicha escuela, M. Vaney (otra gran figura de la educación especial a nivel mundial).

B) Biografía de Theodore Simon

Nació en Dijon el año 1873 y murió en París el año 1961. Estudió Medicina y se doctoró en Psiquiatría. Aunque colaboró con los médicos alienistas más reputados de su época y a pesar de haber publicado varios artículos en colaboración con Binet, su fama dentro del mundo psicológico y pedagógico le ha venido dada por haber elaborado, junto con Binet, la Escala para medir la Inteligencia. Sus escasos biógrafos destacan de él su humildad por encima de todo, pues pudiendo haberse aprovechado de la fama que podría haber alcanzado al haberse muerto prematuramente su maestro, siempre hizo mención

expresa de que el auténtico creador de la famosa escala era Binet y él un simple colaborador suyo. Al decir de algún biógrafo, parece que publicó alguna obra literaria destinada a los niños.

BIBLIOGRAFIA CONJUNTA DE AMBOS AUTORES

- "A propos de la mesure de l'intelligence" (1905).— *L'Anné Psychologique*.
- "Méthodes nouvelles pour le diagnostic du niveau intellectuel des anormaux" (1905).— *L'Anné Psychologique*.
- "Le développement de l'intelligence chez les enfants" (1908).— *L'Anné Psychologique*.
- Les enfants anormaux* (1907).— Publicada en España (1917) por Librería y Tipografías Médicas M. Roig, Barcelona y actualmente por C.E.P.E.
- "L'intelligence des imbéciles" (1909).— *L'Anné Psychologique*.
- "L'Arriération" (1910).— *L'Anné Psychologique*.
- "Nouvelles recherches sur la mesure du niveau intellectuel chez les enfants d'école" (1911).— *L'Anné Psychologique*.
- La mesure du développement de l'intelligence chez les enfants* (1911).— Publicada en España (1928) por Editorial Hernando, Madrid.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AVANZINI, G. (1969): *Alfred Binet et la pédagogie scientifique*. Vrin, París.
- DECROLY, O. (1934): *El niño anormal: estudios pedagógicos y psicológicos*. Francisco Beltrán, Madrid (ed. org. 1908).
- DEMOOR, J. (1918): *Los niños anormales: tratamiento educativo en la casa y en la escuela*. Francisco Beltrán, Madrid (ed. org. 1901).
- FIERRO, A. (1990): «Actitudes históricas con respecto al deficiente mental». En BUENO, M., MOLINA, S. y SEVA, A.: *Deficiencia mental* (vol II, 13-42). Expaxs, Barcelona.
- MARIN, J. (1913): *Tratamiento y educación de los niños anormales de uno y otro sexo en la familia y en la escuela: acción del Estado en este sistema educativo*. Sociedad Española de Higiene, Madrid.

- MILLER, G. A. (1968): *Introducción a la Psicología*. Alianza, Madrid.
- MOLINA, S. (1991): «La escolarización integrada del niño sordo: precedentes históricos». *Rev. FIAPAS*, 19, 48-50 .
- PEREIRA, F. (1907): *Por los niños mentalmente anormales*. Sucesores de Hernando, Madrid.
- VIAL, M. (1984): «La création du Perfectionnement en 1909 et les débiles des psychologues: ou comment s'écrit l'histoire». En C.R.E.S.A.S.: *Intégration ou marginalisation? Aspects de l'éducation spécialisée*, 47-73. L'Harmattan, Paris.
- VIAL, M. (1990): *Les enfants anormaux á l'école*. Armand Colin, Paris.
- VOISIN, J. (1893): *L'idiotie*. Alcan, Paris.
- ZUZA, F. (1948): *Alfred Binet et la pédagogie expérimentale*. — Vrin, Paris.

SANTIAGO MOLINA GARCIA



CARTA-PROLOGO A M. ALFREDO BINET

Mi estimado colega,

Le ha parecido bien pedirme que presente al público este librito sobre niños anormales. La notoriedad de vuestro nombre y la competencia que habéis adquirido en anteriores estudios sobre dicha materia, dispensan que se os apadrine; pero ya que Vd. recuerda los trabajos de la Comisión interministerial, a los que tuve el honor de asociarme como presidente, aprovecho gustoso la ocasión que se me ofrece para señalar los servicios prestados por esta Comisión y la parte que Vd. tomara en sus debates.

Hasta los últimos años, mientras en el extranjero, encuestas metódicas e inteligentes experimentos hacían gradualmente avanzar la cuestión de anormales, Francia, que hubo de tomar antaño la iniciativa generosa de este movimiento, permanecía estacionaria, y las excitaciones dirigidas a la opinión por tantísimo congreso filantrópico y científico despertaban sólo débil eco en las esferas oficiales. Con todo, siempre aparecía mucho más apremiante la obligación del Estado en cumplir su íntegro deber para con los desheredados de la naturaleza: ciegos, sordomudos, degenerados, atrasados, inestables. ¡Cuán triste considerar, por ejemplo, que niños a quienes lisia,

originaria o adquirida, hacía la instrucción más valiosa y necesaria, eran precisamente aquellos que se veían excluidos del beneficio de las leyes escolares!

En fin, el año 1904, con el informe de M. Marcel Charlot, inspector general de Enseñanza primaria, el ministro de Instrucción pública, que encontraba en el presidente del Consejo, ministro de Interior, inmejorables disposiciones, confiaba a un grupo de educadores, médicos, sabios y representantes de los negociados interesados, el estudio de las condiciones en que debía proveerse a la educación de niños anormales. La labor era compleja: tratábase de determinar en qué caracteres se distinguen las diversas formas y grados de anomalía —de establecer, por encuesta general, el número aproximado de niños anormales; de precisar tipos de escuelas especiales cuya creación se impusiera; de determinar, cuando menos a grandes rasgos, los procedimientos pedagógicos que debieran emplearse; de estudiar la formación de nuevo personal; de buscar reparto equitativo, entre Estado, provincias y ciudades; de los gastos necesarios, etc.

No acierto a encarecer la profunda impresión que me dejará el recuerdo de los diez meses durante los cuales mis colegas, multiplicando sesiones de la comisión plenaria y de las sub-comisiones técnicas, visitas a los principales establecimientos de anormales, consultas, exámenes de expedientes, dilucidaban cada día un punto del problema, y apresuraban el momento en que las soluciones por ellos facilitadas traduciríanse en articulado de leyes y reglamentos.

Una disposición de la ley de presupuestos de 1906, proyecto de ley preparado por el ministro de Instrucción pública y cuya presentación al Congreso es inminente, son los primeros resultados de los trabajos de nuestra comisión y de la provechosa agitación que suscitara en espíritus y conciencias. Ya la ciudad de París ha instituido varias «clases de perfeccionamiento» que tuve el gusto de visitar últimamente con Vd. Se irá más adelante; el deber de justicia respecto de estos desgraciados, que la naturaleza armó tan mal para la vida, no ha encontrado

todavía fórmula a la par bastante amplia y precisa. Pero cuando se le comprenda y se aplique en toda su extensión, no se olvidará a los que supieron plantear con claridad la cuestión e inquirir método científico para resolverla prácticamente. Entre ellos, mi estimado colega, tenga la seguridad de que Vd. ha de figurar honrosamente. La súplica que la Comisión os hiciera de componer este librito, es prueba de la mucha estima en que os tiene; la manera como ha cumplido Vd. la encomienda justifica su confianza en la rectitud y penetración de vuestras miras.

LEON BOURGEOIS

Mayo 1907



ALGUNAS PALABRAS DE EXORDIO

PREOCUPACIONES SOCIALES DE NUESTROS TIEMPOS

Entre las cuestiones puestas al orden del día, las más discutidas y cuyo enunciado atrae más la atención de todos, han de ponerse en primer término las cuestiones sociales. La generosa filantropía de los siglos pasados se nos figura hoy día algún tanto caduca, y substituimos esta virtud de lujo por la idea por demás fecunda de que estamos todos obligados, por mero deber y en virtud de la constitución misma de la sociedad, a ocuparnos en la suerte reservada a la masa de nuestros conciudadanos y, en particular, a los menos afortunados. Este deber no se funda solamente en exigencias de sentimiento humanitario; es asimismo dictado por nuestro interés personal más perentorio, puesto que, si en cierto plazo, no se diera satisfacción a lo que tienen de legítimo las reivindicaciones de las nueve décimas partes de la sociedad, que actualmente trabajan por salarios poco acordes con sus esfuerzos y necesidades, ya se vislumbra qué revolución violenta, donde poco podrían ganar quienes poseen, revolvería de arriba a abajo la organización actual de la sociedad.



En consecuencia, los espíritus que hasta ahora más se habían separado del movimiento social, pónense en contacto

con la realidad. Es hecho singular ver cómo los sabios que, ha cincuenta años, no salían de su laboratorio, tienden a mezclarse en la vida real. A pesar de la diversidad de móviles que empujan a unos y otros, manifiéstase aquí un hecho general innegable. La ciencia pura y desinteresada conserva sus adeptos; pero crece el número de aquellos que buscan en la ciencia aplicaciones prácticas y útiles: o, mejor, piensan menos en la ciencia que en la sociedad; los sabios procuran estudiar los fenómenos sociales dirigibles y ofrecer a los hombres de acción, casi siempre empíricos, el tesoro de los métodos más exactos.

Innumerables ejemplos de esta intervención de la ciencia en la vida cotidiana podrían citarse. Véase, por una parte, a fisiólogos—Imbert, por ejemplo— que se dedican a estudiar fenómenos de trabajo muscular y alimentación en obreros de diferentes profesiones, y que inquietan si aumento de salario y disminución de horas de trabajo, que reclaman incansablemente los obreros, se justifican por la fisiología; aproxímase el día en que tales nociones científicas, que se aquilatan y divulgan, desempeñarán su papel en las ásperas discusiones de sindicatos obreros y patronales.

Otro ejemplo de índole diferente, pero de preocupación idéntica: los psicólogos estudian el valor de juicios y testimonios, imaginan métodos para alcanzar mejor el conocimiento de la verdad y preocuparse de las reformas que debiera introducirse en la organización de justicia. Movimiento importante en tal sentido, iniciado primero en Francia, se prosigue en Alemania con amplitud (Binet, Stern y discípulos, Claparède, Larguier, etc.)

En fin, último ejemplo que citaremos, y el más sorprendente de todos: el interés creciente con que los médicos vigilan la educación de los jóvenes, sea en la primera infancia, sea en la segunda: es la *puericultura*; son todas las instituciones destinadas a observar, proteger, socorrer a madre y criatura; es la *Cartilla sanitaria* de los escolares, que permitirá al médico



Afortunadamente, cada vez son más los profesores universitarios que incitan a sus alumnos a que se adentren en la lectura de los textos originales e íntegros de aquellos autores que han marcado los grandes hitos de la historia de la educación.

Sin embargo, el problema principal con que se encuentran esos profesores innovadores y rigurosos es que no suelen existir en el mercado ediciones actuales y asequibles de las obras de dichos autores. Evidentemente, a la vista de esa carencia, ningún profesor universitario mínimamente ético se atreve a recomendar (y no digamos a obligar) a sus alumnos tales lecturas, sabiendo que ello no va a ser posible, sobre todo en ciudades donde tampoco hay bibliotecas públicas especializadas en temas psico-pedagógicos.

Con el fin de solventar ese grave problema ha nacido esta colección, pretendiendo convertirse en una apreciable ayuda didáctica para los profesores y alumnos universitarios de las Ciencias de la Educación y, en general, para todos aquéllos que se interesen por la vasta problemática de la infancia. Como puede comprobarse, el valor actual que puedan tener las obras publicadas, se acrecienta notablemente gracias a la introducción crítica que acompaña a cada una de ellas, siempre escrita por alguna primera autoridad científica, tanto en el tema tratado como en el autor elegido.



COLECCION
CLASICOS CEPE • 3